

BUSONI

POR STEFAN ZWEIG

Durante mucho tiempo la nube oscura de su barba ocultó su cara verdadera. Parecía trágico y sombrío cuando, desde el fondo del escenario se encaminaba hacia el piano, un Cristo penando en la madera negra, que encierra todo gozo y sufrimiento terrenales que él ha de redimir una y otra vez. Pero ahora, que ha caído la oscura orla barbuda y la onda de cabellos no amenaza ya a su rostro con su negro flotar; ahora que el gris plateado deja libre una frente clara, bellamente formada y pura, se descubre en sus rasgos así aclarados, tan extraordinariamente espirituales y sensuales, una boca muy movable que sólo es áspera en las horas de la música, pero que, por lo demás, gusta redondearse en la sonrisa de la conversación y a veces incluso se desborda en una risa eruptiva, esa risa italiana aretina de Busoni, con la que logra arrastrar a los hombres como con su música magistral. Y con grata sorpresa vese ahora en su cara iluminada el fulgor de sus ojos, límpidos y color de agua, pero no del tono apagado de las aguas estancadas, poco profundas, sino lleno de la refulgente inquietud de las aguas constantemente corrientes, movidas y renovadas por incansantes fuentes internas. Ojos que gustan mirar al mundo y luego descansar en libros; que gozan de colores y mujeres; ojos magnéticos, buscadores, pero que de repente se quedan santamente quietos, en el severo segundo en que resuena el primer tono bajo sus dedos. Ninguno de nuestros maestros me gusta tanto junto al piano como Busoni. Otros se agitan durante la ejecución, apalean, excavan tronantes los tonos de la blanca cantera de las teclas; todo su cuerpo oscila con el esfuerzo. Otros acompañan la ejecución con la sonrisa falaz de los atletas que con fingida facilidad levantan el peso aglomerado, demostrando a un multitud asombrada que para ellos es juego, algo indeciblemente fácil.

Otros más, se yerguen, orgullosos, tiemblan excitados. Pero él, Busoni, escucha. Parece abrirse entonces una distancia entre las manos exorcistas que corren entre los sonidos, y la faz levantada, bañada en embeleso bienaventurado al que petrifica el dulce espanto de la innombrada belleza de la Medusa de la música. Abajo está la música, arriba el silencio; abajo la creación, arriba el gozo. En estos minutos preciosos parece haber olvidado que todo lo que entonces le conmueve con dulces estremecimientos, emana de él mismo; sólo respira, bebe y escucha extáticamente, ajeno a sí propio, en ese gesto imposible de aprender del arrobo. Su rostro se transfigura en la tensión del escuchar y sus ojos, mirando hacia arriba, reflejan algún cielo invisible y al eterno Dios en él. ¡Cómo le envidio en esos momentos el supremo y rarísimo placer de no sentirse ya a sí mismo en el asombro de la creación, de estar redimido de todas las insuficiencias del trabajo en la pureza de la administración de la obra; cómo le envidio esa maestría extrema que ya no lucha ni averigua sino que descansa y disfruta de sí misma! Mas, ¡cómo envidio al que nunca reconoció la envidia, al generoso, alegre y que siempre se renovó en los más jóvenes! En años en que otros se tornan amargos, despierta en él la alegría, en años en que para otros se agota la fuente del trabajo, empieza la música a manar caudalosamente de él. La propia perfección cierra hoy el camino al virtuoso, sólo ahora el artista, el creador Busoni tiene tiempo y espacio para dar sus pasos. Creo en su música sin conocerla. Debe contener tal claridad, la despreocupación del tardíamente madurado, y tal vez suene en ella su risa incomparablemente cordial e infantil. El arte de los jóvenes es egoísta y, por lo mismo, salvaje y caótico. Pero la maestría de los bondadosos siempre ciñe la corona plateada de la serenidad.

FELIPE VILLANUEVA

EN LA ROTONDA DE LOS HOMBRES ILUSTRES

POR MANUEL M. PONCE

A pocos meses de distancia, hemos asistido a dos actos muy significativos en nuestra incipiente historia musical. El señor Lic. Rojo Gómez, dando pruebas de auténtica cultura, honró la memoria de un humilde compositor hidalguense, dedicando una calle en Huichapan a Abundio Martínez y organizando una audición de los más bellos valeses del músico desaparecido, en la plaza de su ciudad natal.

En esa ocasión tuve el honor de recordar al autor de "En Alta Mar", durante los últimos años de su triste existencia, cuando la enfermedad y la miseria eran sus compañeras inseparables. En esa época, Abundio pasaba largas horas en mi estudio, inmóvil, mudo, escuchando la música de los grandes maestros, cuya belleza penetraba en su espíritu como una revelación, sin que su imaginación creadora pudiera alcanzar planos tan elevados, ya que su destino le había impuesto el sendero de la música popular y bailable. Pero en este género, su inagotable vena melódica puso en sus valeses la elegancia, la gracia, el estilo, que han dado celebridad a las obras de Juan Strauss y Emilio Waldteuffel.

Hoy toca su turno a Felipe Villanueva. Otro gobernante de amplísima cultura, amigo de los artistas y artista él mismo, exalta la memoria del más admirable de nuestros compositores, realizando este homenaje tan justo y merecido. Los músicos mexicanos recordaremos con gratitud esta noble acción de Isidro Fabela que encierra un fecundo ejemplo digno de ser imitado por otras autoridades.

La obra musical de Villanueva es una prueba de lo que puede lograr un músi-

co que al nacer a la vida del arte sólo cuenta con talento extraordinario sostenido por una vocación inquebrantable. Indígena de raza, pobre y sin más elementos que su entusiasmo y su amor por el arte que debía ocupar su vida entera, Villanueva venció obstáculos, allanó dificultades y pudo radicarse en esta ciudad de México, dispuesto a luchar, resuelto a obtener el lugar que sus incomparables aptitudes de músico nato exigían, entre los más notables filarmónicos de la época. Y no sólo llegó a ser profesor en un aristocrático colegio, sino que su magnífico talento de compositor iba dando sus frutos en obras que despertaban interés y admiración.

El joven indígena de Tecamac se transformó en un ciudadano de la capital, amante de los buenos trajes, de la buena mesa y asiduo concurrente del Casino Nacional.

Habilísimo lector de música, reunía-se con el maestro Meneses para descifrar a cuatro manos y a primera vista las obras más notables del repertorio sinfónico. En esta escuela práctica fué donde Villanueva adquirió la maestría de las finas armonías que más tarde empleó en sus composiciones pianísticas. Su intuición infalible llenó ampliamente las deficiencias que en su técnica de compositor pudiera haber dejado una educación musical incompleta. Poseía el genio: lo demás se le daba por añadidura.

Rodeado de un ambiente de romanticismo agudo, su música es efusiva, ya que la efusión y la exageración del sentimiento son las características del romanticismo. Sin embargo, en sus Mazurkas, en sus tres valeses célebres y en

su obra más importante "Keofar", la melodía siempre inspirada revela el poder de la emoción, velada por la riqueza armónica.

Villanueva fué el primer compositor mexicano que comprendió el verdadero carácter de la obra pianística, integrada por delicadas armonizaciones y contrapuntos expresivos, muy diferentes de las que tienen por base el *virtuosismo* que empleaban los músicos de la generación anterior. En su música religiosa y en su ópera "Keofar", el compositor se muestra dueño de una técnica orquestal que prometía grandes obras en el género sinfónico.

Desgraciadamente, la muerte vino a detener la ascensión gloriosa del artista malogrado.

Ha pasado medio siglo desde su desaparición y las obras que nos legó siguen causando la delicia de quienes las escuchan. Sus Danzas quedarán como ejemplos de lo versátil de su talento. Son la expresión musical del carácter del mestizo mexicano: hay en ellas vivacidad, malicia, humorismo, pasión y la variedad de sus ritmos les imprimen

una originalidad inusitada en esta clase de obras.

La música de Villanueva perdura a través de los años porque, como toda obra de arte verdadero, es la expresión *desinteresada* del sentimiento. Y llega al corazón de las multitudes porque es el producto del impulso lírico que preside a la creación artística.

Felipe Villanueva, como todo artista auténtico, no luchó por obtener riquezas y bienestar. En la humilde habitación donde lo conoció Rubén Campos, vivía pobremente con sus sueños, en un mundo irreal de armonías inauditas, dando forma a sus inspiraciones y apriisionando en la cárcel del pentagrama las melodías que siempre oiremos con deleite.

Villanueva, como todos los que han consagrado su existencia a producir obras de arte, sin preocuparse de los bienes materiales, pudo hacer suya, al final de su vida la frase del poeta del Vittoriale: "Yo sólo tengo lo que he dado".

México, 27 de agosto de 1945.

REPERTORIO WAGNER, S. A.

VENUSTIANO CARRANZA NUM. 21

MEXICO, D. F.

PLANOS - ARMONIOS - INSTRUMENTOS MUSICALES - CUERDAS Y
ACCESORIOS - MUSICA IMPRESA - METODOS Y ESTUDIOS - DISCOS

90 AÑOS AL SERVICIO DE
LA MUSICA EN MEXICO

C R E D O

POR LOPEZ MENDEZ

(Fragmentos)

México, creo en ti,
en el vuelo sutil de tus canciones
que nacen porque sí en la plegaria
que yo aprendí para llamarte Patria,
algo que es mío en mí, como tu sombra
que se tiende con vida sobre el mapa.

México, creo en ti,
sin preocuparme el oro de tu entraña:
es bastante la vida de tu barro
que refresca el claro de las aguas,
en el jarro que llora por los poros
la opresión de la carne de tu raza.

México, creo en ti,
porque creyendo te me vuelves ansia
y castidad y celo y esperanza.
Si yo conozco el cielo es por tu cielo,
Si conozco el dolor es por tus lágrimas
que están en mí aprendiendo a ser lloradas.

México, creo en ti,
en tus cosechas de milagrería
que sólo son deseo en las palabras.
Te contagias de auroras que te cantan,
¡y todo el bosque se te vuelve carne!
¡Y todo el hombre se te vuelve selva!

México, creo en ti,
porque si no creyera que eres mío
el propio corazón me lo gritara,
y te arrebatara con mis brazos
a todo intento de volverte ajeno,
¡sintiendo que a mí mismo me salvaba!

México, creo en ti,
porque eres el alto de mi marcha
y el punto de partida de mi impulso.
¡Mi credo, Patria, tiene que ser tuyo,
como la voz que salva
y como el ancla...!